

—Y mi casa de París, la de Mont-Dore, mis viajes obligatorios, mis gastos de invierno, mi clientela, la comida, los trajes, los libros, mi criado...

—Ese mono de Sulpicio...

—En todo se gasta.

De repente se levantó Bordat y dijo:

—Después de todo á mí poco me importa todo ello... Vámonos á comer... Te marcharás cuando quieras.

—Vamos.

—¿Al café de la Paix, quieres?

—Bueno.

—Pero por última vez te voy á decir que haces mal en obstinarte...

—¿Por qué?

—Tienes ambición; acabas de decirlo.

—Convengo en ello.

—Quisieras ser rico.

—No lo niego.

—Con tus ideas no es una costurera, una modista, á la que debes perseguir, por más seductora que sea...

—¿A quién, entonces?

—¡Una heredera, caramba! A los médicos no les faltan nunca buenas relaciones... Y á lo mejor se suele hacer suerte. ¡Vamos!

Fabregues se levantó á su vez y siguiendo á su amigo, siguió por el camino que había llevado momentos antes el barón D'Aubagny.

II

A las siete y veinte, los dos amigos se hallaban instalados en un rincón del restaurant en una de las mesas colocadas cerca de la fachada que da á la Opera.

En aquella magnífica tarde de primavera el golpe de vista era precioso.

Desde su sitio, Fabregues y Bordat veían la perspectiva de la avenida, el refugio y un poco del boulevard, con su perpetuo hormigueo, con el movimiento de los transeuntes en las aceras, el de los coches, que se suceden, pero tan apretados, que se pregunta uno cómo no se meten los unos en los otros.

—¿Qué sopa tomamos?—preguntó Bordat consultando la carta.

—La que quieras—dijo el gascón.

Bordat le miró atentamente.

—¡Caramba! Decididamente no tienes buen apetito.

Fabregues suspiró.

El mozo esperaba.

Bordat comprendió que lo mejor que podía hacer era encargarse él de pedir la comida sin ocuparse de su amigo.

Y con rapidez encargó los platos y los vinos como hombre ya acostumbrado.

Fabregues se abismó en sus pensamientos. Estaba bajo el peso de una agitación mal disi-

mulada, de una punzante inquietud que le trastornaba hasta el fondo de su alma.

Sus ojos, casi cerrados, biliosos, malos.

Sus dedos se agitaban nerviosamente.

—¡Diablo, diablo!—murmuró Bordat.—¿Estarás enfermo moralmente más de lo que yo me suponía?

—¡Ay!—murmuró el gascón.

—Sé franco siquiera una vez en tu vida. ¿Qué te ocurre?

—Me ocurre que... ella es tan ambiciosa como yo, ó por lo menos así me lo temo. Que se aburre de sus apuros; que quisiera ser rica, tener coche como tantas otras que valen menos que ella... llevar brillantes... Me ocurre que quieren quitármela y que se me escapa...

—¿Lo crees así?

—Es que lo presiento.

—Pues bien; creo que no hay por qué... desconsolarse... ¡Es una suerte!

—¡Ah, sí! Para tí, puede...

Y lanzó á su compañero una mirada cargada de bilis.

En su interior sentía una odiosa irritación contra aquel gordinflón de Bordat, tan refractario á las grandes pasiones como á los bueyes blancos que pastaban en las praderas que le producían sus rentas.

Pero el nivernés no se conmovía fácilmente.

—Sí—repitió,—no me desdigo; sería una suerte, y deberías bendecir al rival, rico ó po-

bre, que te librase de ese impedimento. De otro modo acabarás por caer en un pozo, de donde no saldrás. Yo te lo profetizo.

—¡Basta!

—¡Vamos, hombre! ¿Has visto tú jamás que porque se queje algún paciente á quien el cirujano le corta los músculos ó le sierra hueso, á fin de extirpar el mal, que se detenga en su camino? Te has metido en una aventura sin salida. O esa muchacha te ama y consentirá en casarse contigo, y en ese caso, con el carácter que tú mismo te confiesas que tienes, será para ti una vida del demonio, á causa de las dificultades porque atraviesa un matrimonio sin dinero, ó persistirá en su negativa, bastante sensata, lo comprendo, y entonces ¿por qué te obstinas en perseguirla, sacrificandolo todo vanamente, y no tomas un partido que asegure tu porvenir de cualquier manera.

—¡No puedo!

—¡No es verdad!

—¡Lo es!

—Entonces es una brujería...

—Quizás.

—Querido, eres un hombre y te hablo como á amigo. Esas grandes pasiones, por raras excepciones tienen buen resultado... Créeme... Renuncia á tu quimera... Sufrirás unos cuantos días; pero el sacrificio, una vez consumado, tendrá después para ti el mismo peso que una pluma. Rompe la cadena que te une y que te

incapacita para todo, hasta para ganar esa fortuna que tanto ambicionas.

—¡Para ella!...

—¡Vamos, hombre!

—¡Sí, para ella!

Bordat hizo un gesto de impaciencia.

—¡Vayan al demonio los hombres que se dejan anular y acaparar por una mujer!

—¡Si tú la conocieses!

—¡Eso qué importa! Te creo. Encantadora, buena moza, bien formada, con ojos de zafiro, con una piel blanquísima y satinada, con pequeños y nacarados dientes, con unos labios sin igual, con abundante cabellera, con talle divino. Tiene, en una palabra, todos los encantos y perfecciones; ¿pero es acaso la única en su género?

—No conozco ninguna que se le parezca.

—Estos enamorados son siempre lo mismo.

—Si supieses...

—¡Déjame en paz, estás loco!

—Sí, estoy loco, lo confieso; pero tengo razón para estarlo.

—Amiguito — dijo brutalmente Bordat, — nunca se tiene razón para atarse una piedra al cuello y tirarse al agua.

El mozo llevó el primer plato.

Reinó un silencio prolongado entre los dos interlocutores, por fin Bordat preguntó:

—Veo que tienes una verdadera enfermedad, lo reconozco. Temo que sea incurable. ¿Cómo la has agarrado?

—Como vienen todas, por casualidad.

—¿Y cuál fué esa casualidad?

—Banal, como todas las que á diario se encuentran en el Boulevard.

—Vamos, hombre, confiéstate.

Para contestar, Fabregues no tenia que hacer grandes esfuerzos.

Hablar de la mujer encantadora que le tenía preso en sus encantos, era para él una dicha sin igual.

Se encontraba además en un momento de esos en que un enamorado detendría á cualquier transeunte para contarle sus aventuras, sus ansiedades y hasta sus terrores, porque, ¿dónde está el hombre de corazón ardoroso, que en la ardiente vida de París no haya experimentado, aunque haya sido un solo día, el terror de verse despojado del ídolo adorado?

Naturalmente, aquí no se trata de esos bippedos de sangre helada, sin pasiones, para quienes el amor no existe más que de nombre, á quienes ninguna sacudida conmueve y ningún choque les inflama, más dichosos indudablemente, porque ignorando los éxtasis de esa divina enfermedad, ignoran también los dolores más vivos y más punzantes.

Fabregues no era de estos.

La cabeza más ardiente calentada por el sol del Mediodía, no fué tan volcánica como la suya.

Su alma vibraba con exceso, sobre todo en

aquel momento en que era presa de una angustia que le desgarraba las carnes con sus afiladas garras.

Como lo había dicho, presentía que aquella muchacha, que para él lo era todo, la alegría de sus ojos, su orgullo, su objeto, su presente y su porvenir, se le escapaba.

No le cabía la menor duda.

Y sin embargo, no podía saber á qué misteriosa potencia obedecía ella.

—¡Ah!... ¡Tú crees que basta querer para olvidar á una mujer... que no hay más que pronunciar unas cuantas palabras cabalísticas para apagar el fuego devorador que se infiltra en las venas, que puede uno dormirse olvidando para siempre el pasado?... ¡Qué error! Ya lo he ensayado; y yo que no me creo inferior á nadie, he sido vencido vergonzosamente. Esta pasión me tiene como el engranaje que muerde con sus dientes de hierro al obrero que se deja coger un miembro y pasa todo él por completo. Tú no puedes comprender estas locuras; tú, para quien el amor es una taberna donde se entra para comer y beber, y de donde se sale harto, sin trabajo y satisfecho!

—¡Conducta de sabio!... No soy yo el único. Mira á ese excelente d'Aubagny.

—El tipo del egoísta.

—¡Qué serenidad tan magnífica!

—Esperemos. ¡Quién sabe si algún día no caerá en las redes de una de esas pasiones de que te burlas, y no te admirará, por sus locuras!

—Eso jamás.

Fabregues se encogió de hombros y se sonrió. La comida se iba terminando.

Bordat, comiendo por siete, examinaba con atención á su compañero, cuyo estado le preocupaba.

—Acaba tu historia—ordenó echándose vino.

—¿Lo quieres?

—¿Dónde conociste á tu beldad?

—En el boulevard donde me paseaba una tarde, no pensando en nada más que en mi profunda miseria, pero hábilmente ocultada; hace tres años por el mes de abril, en uno de esos hermosos días que huelen á lilas y á violeta, sobre las ocho de la noche: había comido, muy mal por cierto, para economizarme unos francos; me veía obligado á ello. Te aseguro que ya no me quedaban energías: mi bolsa estaba vacía; los clientes huían de mí; interrogaba con ansiedad el porvenir, y no me prometía nada bueno... Hace de esto mucho tiempo y los detalles de aquel día los tengo muy presentes. Iba andando como en un sueño, diciéndome que París, ése punto luminoso que fascina á las mariposas desde tan lejos, no tenía un lugar para mí. Reflexionaba que el mejor partido, el único que me quedaba por tomar era buscar un pueblo perdido, sin médico, y enterrarme en él renunciando á mis vanas ambiciones y á los placeres, que me atraían con invencible fuerza.

—¡Eh! ¡eh!—dijo Bordat bebiéndose á toda prisa un vaso de Medoc,—eso era muy cuerdo. Los campos tienen muchas cosas buenas... la vida contemplativa... una casita con persianas verdes... la pacífica montura del buen doctor... los regalos de los campesinos.. y después la boda con la hija de un rico propietario, fresca y rechoncha, enorgullecida por el casamiento... Es envidiable esa vida, amiguito.

—¿Te contentarías tú con ella?

—¿Y por qué no?

—¡Charlatán!... Llegaba á la esquina de la calle de Cambón... Una muchacha de unos veinte años volvía la esquina de esta calle hacia el boulevard y pasó rápidamente á mi lado. No distinguí sus facciones, no ví más que sus cabellos, de un color castaño oscuro, muy abundantes, recogidos sobre su blanca nuca, bajo un sombrero ancho, negro, de una forma y de una ligereza admirable. El vestido era negro también, de pies á cabeza.

Ya no te la describo, porque hace poco hiciste tú su descripción, aunque en tono de burla.

—Bebe, bebe... Te falta el aliento.

—No tengo sed.

—Come de este filete.

—No tengo hambre.

—¡Que hombre más particular!

—La seguí...

—Era lo indicado.

—.... Empujado por una fuerza desconocida.

Se dirigía hacia la calle Royale. En Trois-Quartiers se detuvo. Los escaparates eran magníficos, la luz muy viva. Hice lo que ella y entonces...

—Entonces te se apareció el rostro más encantador.

Tú lo has dicho: Imposible soñar un color más puro, rasgos más seductores, ojos más vivos ni más penetrantes, ni distinción más superior.

Llevaba largos guantes de Suecia, sin botones, que la subían por encima de las mangas... Me acuerdo de todo... Permanecí inmóvil delante de ella.

Me miró con ojos no precisamente desdeñosos, pero sí estrañados, con altanería, como la muchacha que vé nacer una proposición insultante en los labios de un insolente y quiere cerrarlos ántes que salga.

—Pero á pesar de eso no se alejó.

—No.

—Estaba seguro de ello.

Una sonrisa irónica cruzó por el rostro de Bordat.

—Querido—dijo Fabregues,—nuestras ideas no son iguales.

—Felizmente.

—Hablas de cosas que no comprendes. Eres como lo es d'Aubagny, un sibarista, un satisfecho...

—¡A Dios gracias!

—Si tú te hubieses encontrado en el lugar

de aquella joven, hubieses hecho lo mismo...

—¿Me habría parado?

—Sí.

—Te pones incomprendible. ¿La razón?...

—Porque al ver á un hombre que ante ella se estasia, ante ella encontraba lo que buscaba.

—Vamos, acaba...

—Aquella infeliz estaba tan aislada, tan sola y tan triste como yo... por otras causas. A mí me martirizaba la inquietud del mañana... la envidia... la envidia de las gentes que como tú tienen rentas, que se dan buena vida, que tienen el aplomo que proporciona una bolsa bien repleta, una butaca en la Opera. En ella estaba retratado el fastidio, el aislamiento, mucho peor en medio de la multitud que en la soledad del desierto, la necesidad de amistades, de huir de la desesperación sombría, de volver sola á encerrarse, el corazón tiritando, el alma vacía, entre las cuatro paredes de un cuarto al salir del taller. Estaba empleada en un almacén con doscientos francos mensuales de sueldo.

—¿Y qué ocurrió?—preguntó sencillamente Bordat.

—Se cruzó entre nosotros una mirada; nuestros ojos se hablaron durante el tiempo que dura un relámpago, y se comprendieron. Ella siguió andando hasta la Concordia. Yo no me atreví á hablarla. Entonces la joven volvió sobre sus pasos y tímidamente la dije... ¡Señorita!...

—¡Caballero!—respondió Bordat.

Fabregues se encogió de hombros y prosiguió.

—Me encontraba sin un céntimo, pero nadie podía comprender el estado de mi bolsillo.

—Y sin ser un Adonis, observó el otro, tienes los ojos fascinadores, una lengua dorada....

—No sé lo que dije. Al cabo de diez minutos nos paseábamos por los Campos Eliseos.

Es inútil añadir que se hallaban casi casi desiertos. Apenas si se encontraban algunas sombras parecidas á las del fabuloso paraíso donde vagan los virtuosos héroes del paganismo. Yo le conté mi vida, mi pasado, mis esperanzas, y la acompañé hasta su casa. Y cuál no sería mi sorpresa...

Hacia ocho días que vivía en la casa donde yo habitaba, en una exigua habitación del quinto piso.

—¿En la calle Vignon?

—Justo.

—Te habías enamorado locamente.

—Lo confieso; pero no como tú lo entiendes. En pocos instantes me había inspirado tanto respeto como amor.

—¡Cosa rara!

Si tú hubieses oído, como yo, aquella voz á la vez grave y acariciadora; si tú hubieses visto aquellos ojos penetrar hasta el fondo de los tuyos para arrancar de ellos el pensamiento íntimo... á pesar de tu flema, á pesar de tu seriedad, no hubieras resistido ni un minuto. En

pocas palabras ella me había contado también su historia. Casi sin parientes, pues no tenía más que una prima en Murols Auvernia, había venido sola á Paris desde Clermont-Ferrand, donde su padre era juez de paz. Al morir el juez, que vivía de su empleo, la había dejado sin recursos.

De la venta de los muebles había sacado dinero para pagar el entierro y algunas deudas, y el resto lo había empleado en comprar un billete del ferrocarril, y la quedaron setenta francos para poder vivir algunos días... ¡No tenía más que diez y seis años! Tú no puedes comprender esas cosas; tú rico, con una renta de treinta mil francos que no te ha costado nada el ganarla, y que poseerás el doble sólo por cerrar los ojos á una tía tuya que te idolatra sin saber por qué... Desde entonces, Elena, que así se llama, ha salido adelante con su trabajo. En realidad, á ella debo toda la dicha de que he gozado.

—¿Pero es posible?

—Vas á verlo... Yo no tenía dinero...

—¡Y ella te lo exigió!

—Error; lo necesitaba yo para vivir primeramente... y después...

—Pará ponerlo ante sus ojos y atraértela.

El gascón se puso de color de púrpura.

—Es cierto; no quería aparecer pobre ante ella.

—¿Y entonces?

—Íba al círculo, donde te encontraba. Con

tu buena amistad ordinaria, porque te debo muchos favores.

—¿Qué hice yo?

—Me prestaste cinco luises.

—¡Valiente generosidad!

—Yo no soy jugador; pero me hallaba en un momento de fiebre. Un inglés tallaba á la banca. Empujado por la necesidad, expuse tu dinero... A las dos de la madrugada, despés de una alternativa de pérdidas y ganancias, tenía delante de mi una cantidad de diez mil francos.

—No me has contado eso nunca.

—Estaba loco de alegría. Te devolví los cinco luises, con el resto pude restaurar mi mobiliario, que estaba bastante deteriorado. Ella conocía Mont-Dore y fué quien me aconsejó que me estableciera allí. Estaba decidido á todo por ganar una fortuna y ponérsela á sus pies. Nada me hubiese costado trabajo por lograrlo: estudio, privaciones, con la esperanza de vencer y de ofrecerla una situación que le agradase.

—¿Pues tan ambiciosa era?

—Más de lo que tú piensas. Algunos días despés de nuestro encuentro, entró en la plaza de la Magdalena, en los almacenes de Delivet, con un sueldo de trescientos francos mensuales.

Fabregues añadió con rabia comprimida:

—¡Con trescientos francos, una muchacha razonable, seria é inteligente, espera el porvenir, vive independiente, se cree dueña de sí misma.

—Y no necesita llegar á serlo de los demás —añadió Bordat.

El gascón dirigió á su amigo una mirada fúribunda.

—¡Impío!—murmuró.—Blasfemas de los que no conoces.

Bordat no perdía bocado.

—Tu historia es vulgarísima—dijo con la boca llena.—Paris está lleno de ellas. Todos los días ocurren miles de aventuras parecidas. Amores anémicos y sin objeto, de una muchacha fría y burlona que se chancea de uno y de un cerebro inflamable como un haz de paja, volcánico y explosivo como el picrato ó la dinamita. ¿Y cuanto tiempo hace de todo eso?

—Tres años.

—¡Dios mio! ¡Una eternidad!

—Un momento efímero.

—No te hubiera yo creído con una constancia tal—dijo el nivernés.—Terminemos.

El gascón prosiguió poniéndose cada vez más nervioso.

—Había jugado una vez por su causa y había ganado. La volví á ver amenudo. Me acogía con amistad. A mis proposiciones de matrimonio, porque comprendí enseguida que era demasiado orgullosa para dejarse tentar por ofertas deshonrosas, respondió con esta objeción: que necesitaba una posición segura, medios de existencia menos transitoria que la nuestra. ¿Cómo proporcionarnosla? Miré hacia todos lados. Me había hablado ella de Royát,

Mont-Dore, Saint-Nazaire, que conocía puesto que su prima vivía cerca, en Murols. Esto era una idea. Interrogué á los compañeros que habían estado por allí, Picard, Rousteau Brissot, que tal les había ido.

Rousteau, que es fino como el ambar, me miró de arriba á abajo y me dijo:

—¿Necesitas dinero?

—Sí.

—¿Tienes actividad?

—Como el que más.

—¿No te costarán trabajo los primeros pasos?

—Pero...

—Las solicitudes, visitas...

—Si son indispensables.

—Estás ya en las últimas, ¿eh?

—¡Ay!

—Hazte médico de baños.

—Creí que se burlaba. La sangre se me subió al rostro. No comprendía. El continuó con el tono sardónico de siempre:

—Hazte médico de aguas ó de baños termales, minerales ó de cualquier cosa. Es una especialidad que deja buenos beneficios. Te se ayudará en cuanto se pueda. Y decía estas palabras, acentuándolas como si quisiera clavármelas en la cabeza.

Me acordaré siempre de esta primera entrevista. Nos hallábamos en su espléndido despacho de la plaza de Vendome. Sus clientes se impacientaban.

—Déjales que se impacienten—dijo riendo.

—Dan cinco pesetas á un doctor en cuya casa entran como si lo hicieran en un molino, sintiendo siempre el soltar el dinero; que revienten.

Y como yo le miraba con cierta desconfianza temiendo ser víctima de la burla más ó menos malsonante, Rousteau añadió:

—Te hablo en serio y como amigo. Hazte médico de baños. La especulación es buena, solo que le pasa á esto lo que á la flauta y al trombón, hay que saber tocar en ellos. Permanecerás ocho meses en París haciendo propaganda. Reclutarás cuantos bebedores de agua puedas. Cuando va á empezar la estación se alquila una casita en las inmediaciones de los milagrosos manantiales tanto más milagrosos cuanto con mas fe se toman sus aguas, se cuida á los reumáticos, escrofulosos y á todo el que se presente.

Se pone uno en relación con los colegas de París y de provincias, se les persigue con visitas, y unos porque os quitéis de delante os envían clientes de los cuales no saben qué hacer, y los otros os prometen que los enviarán. Créeme, el oficio no es malo. En una estación pueden ganarse muy bien de quince á veinte mil francos, y á veces más...

—¡Caramba!—dije deslumbrado.

Rousteau añadió con su tono burlón:

—Los enfermos curan raras veces, y otras se mueren; pero si no pagan ellos, lo hacen sus herederos con gran generosidad. Suele haber

poco tacaño entre esa clase de pájaros viajeros. ¿Por qué no ensayas?

Casi casi estaba decidido; pero quería conocer su opinión.

—¿Y dónde iré?—le pregunté.

—Poco importa dónde... Vichy... Luchon... Mont-Doré... Este último es excelente.

—Sin bromear, ¿podré obtener provecho?

—Tal creo; además los amigos te ayudaremos.

Tenía en el bolsillo algunos miles de francos, importe de mi ganancia en el juego. Di las gracias á Rousteau y le dejé en su consulta. Ya sabes después lo que ha ocurrido. Quería salir adelante. Por ella, amigo mío, hubiera afrontado los pantanos pestilentes del Panamá, me hubiera lanzado á cualquier empresa, lo hubiese sufrido todo. Me he movido mucho. He llamado á todas las puertas. He reunido buen número de enfermos como reclamo, he puesto en circulación rollos de papel con este encabezamiento: «El doctor Fabregues en Mont-Doré, villa Elena.»

—¿Y has triunfado?

—Á medias. ¡Ah! La competencia es feroz. Hay colegas buenos y malos. Un tal doctor Brousse, ex aldeano, me hace allí una guerra á muerte, pero á pesar de eso no puedo quejarme. Si no he hecho economías grandes, por lo menos he vivido.

Después de haber rechazado cuanto lo ofrecía, Elena acabó por humanizarse. Hubo mo-

30574

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
16 1925 MONTERREY, MEXICO

mentos en que creía llegar al fin propuesto....

—¿Y ahora?

Fabregues, que se había puesto alegre como un cielo de marzo después de una tormenta, volvió á entristecerse de nuevo.

—Ahora ha vuelto á sus titubeos de antes, no quiere ver que no he economizado nada, tiene miedo al porvenir, se asusta de mi desorden. En una palabra, el pronóstico de Rousseau se ha cumplido solo á medias. El Mont-Dore me aprovecha... He conquistado una reputación. Me han adornado con un mote expresivo: ¡El doctor Mont-Dore! Pero París solamente proporciona la fortuna y París ha permanecido sordo á mis súplicas. En todo el invierno vienen treinta clientes á mi casa. ¡Y qué clientes! Porteros, criados, vecinos sin un céntimo. Los que pagan bien, no quieren un médico nómada que no se halle en casa cuando se pongan enfermos... y van á casa de otros. ¡El doctor Mont-Dore! Este título me desgarró los oídos. No seré jamás otra cosa. Me como en ocho meses en París más de lo que gano durante la estación y á veces me falta.. En una palabra: ¿Puedes prestarme quinientos francos? Siento que Elena se me escapa, que trabajan para arrebatarame lo único que he podido obtener de ella, su amistad.

Bordat hizo un gesto como si se tragara un hueso, pero dijo:

—¿Veinticinco luises, por qué no? Vete mañana á mi casa. ¿Tomas café?

—No, estoy demasiado nervioso.

—Se ve... se ve...

Fabregues sacó su reloj.

—¡Ya las ocho!—dijo.

—¡No estás quieto un momento! ¡Parece que tiene alfileres la silla!

—¡Es verdad!

En aquel momento se produjo un incidente.

Dos señoras entraban en el restaurant, y con la mirada buscaban una mesa.

—¡Caramba, la baronesa y su sobrina!—exclamó Bordat.

La mesa vecina á la suya estaba vacía. Con un gesto se la indicó á sus clientes, que aprovechando la indicación se instalaron en ella.

—Preséntame—dijo Fabregues saliendo de su sueño.

—El doctor Fabregues, uno de mis amigos.

La tía se inclinó familiarmente.

—Si no me equivoco, me parece que hemos visto ya á este caballero en el Grand-Hotel.

—Sí, cierto.

—¿Sois médico, caballero?

El nivernés contestó:

—Uno de mis mejores camaradas, señora, hemos estudiado juntos; Fabregues se ha creado una especialidad.

—¿Cual?

—Ha estudiado bien cuanto se refiere á las aguas minerales y el empleo que de ellas debe hacerse.

—¡Ah!